

Mi segunda primera comunión. Por Braulio G. Bautista

lunes, 07 de enero de 2008

Modificado el miércoles, 31 de diciembre de 2008

MI SEGUNDA PRIMERA COMUNIÓN

Yo fui

uno de los últimos de mi muchachada en hacer lo que her  ticamente se conocía por entonces como   La Primera Comuni  n  . Debía de andar entre los quince y los dieciséis años, o sea, que ya hacía como unos ocho que había recibido- vestidito de gris, con un breviario con tapas de imitación de nácar y un rosario enredado en las enguantadas manos- mi   PRIMERA   PRIMERA COMUNIÓN- me refiero a la de verdad: a la de don Bruno y Don Fernando (los curas Quintana)-. Por Braulio G. Bautista.

"MI SEGUNDA PRIMERA COMUNIÓN" Por Braulio García Bautista.

Yo fui

uno de los últimos de mi muchachada en hacer lo que her  ticamente se conocía por entonces como   La Primera Comuni  n  . Debía de andar entre los quince y los dieciséis años, o sea, que ya hacía como unos ocho que había recibido- vestidito de gris, con un breviario con tapas de imitación de nácar y un rosario enredado en las enguantadas manos- mi   PRIMERA   PRIMERA COMUNIÓN- me refiero a la de verdad: a la de don Bruno y Don Fernando (los curas Quintana)-.

  Y

entonces, si ya la había hecho a los ocho, por qué repetirla a los 16  ? Bueno, todo tiene su explicación: en la primera - despu  s de pasar por la preceptiva catequesis- yo recibí el sacramento de la Eucaristía; y en la segunda- sin cursillo de orientación, sin   catequesis   previa- lo que recibí fue mi bautizo sexual completo  ! Así- de irreverentes éramos por entonces en aquel noroeste agreste y cerril  !   mira que llamar de esa manera a una   puesta de largo   en tan pecaminosas lides!

Tuve que

vender mi mejor   casar   de palomas ladronas para conseguir los 8 duros, cuarenta pesetas de las de entonces, que me costó mi primer encame con una   edama  , porque, aunque ya había tenido algunos balbuceantes escarceos, jamás había coronado  ! Todas las pibitas con las que había estado, llegado el momento de los toqueteos, te decían muy solemnes:   Del ombligo pa  riba lo que t   quieras, pero del ombligo pa  bajo ni se te ocurra, lo guardo para el día que me case,   o  ste?  .

Aunque

nunca he sido muy meapilas, confieso que, mientras me acercaba al lugar donde se iba a consumir mi iniciación, me debatía entre el miedo a condenarme para siempre, de arder en las calderas de Pedro Botero por una   ETERNIDAD  - ese era un concepto que por entonces me aterraba, porque no iban a ser 50 años achicharr  ndome en aceite hirviendo, ni 1250, ni siquiera 6660  ! estábamos hablando de la jodida E T E R N I D A D- y el deseo natural de conocer hembra; de folgar; de yacer   !

Los

curas, que anatemizaban desde los pñipitos, al calor de aquella posguerra tan favorable, sobre todo lo que significase trasgresi3n de los rñ-gidos mandamientos de la Iglesia de Roma, le metñ-an a uno el miedo een el cuerpo, pero al final pudo mñjs la sabia naturaleza, el alboroto hormonal y, sobre todo, la curiosidad. Asñ- que, con Roberto Santiago (Gobeto el de Esteban) y Roberto Ayala (el segundo de ãœelos tres locos de Don Rafaelãœ•) como padrinos, una noche cualquiera de aquellos tiempos de opresivo oscurantismo, me desvirgaron en el Barranquillo de Gñldar.

Mi introductora

en la cosa del ayuntamiento carnal, fue una tal Margarita, apodada -vaya usted a saber por quãœ- ãœLa Yegua Blancaãœ•. A esta señora probablemente tenga yo que agradecerle el no sufrir ninguno de esos trauma que se originan en los desflores poco placenteros. Fue tan gentil, tan comprensiva y cariñosa, que salñ- de su catre con la impresi3n de que habñ-a pasado el examen con nota alta, y eso, a tan tierna edad, sirve de mucho para la cosa de la autoestima.

La cueva

donde ocurrieron los hechos estaba ãœalbiadaãœ• ãœ“ que no es lo mismo que albeada o enjalbegada, que dicen por el Continente- y sus toscas paredes aparecñ-an llenas de imñgenes de santos y fotos coloreadas a mano. Sobre el cabecero de la cama, sin ir mñjs lejos, habñ-a un cuadro de Jesñs con los brazos abiertos con su corazñn en relieve, extracorpñreo y sangrante, ante el que tuve que cerrar los ojos para poder iniciar mi debut carnal.

Previamente,

Margarita, mientras se desnudaba, me preguntñ que si era mi primera vez, a lo que yo asentñ- algo avergonzado; despuñs quiso saber si era ãœcaballero cubiertoãœ•; y al ver mi cara de estupor al no entender quãœ me preguntaba, se alongñ a travñs de la cama hasta coger una palmatoria con un cabito de vela que titilaba dñbilmente sobre una de las cajas de Fundador Domecq que le servñ-an de mesitas de noche, y se dispuso comprobarlo por si misma. Estuvo lo que me pareciñ una eternidad hurgando en mi zona pudenda y luego, con una satisfecha sonrisa en su boca pintarrajeada, se tendiñ y me hizo señas para que me acercara a su cuerpo blanquecino y flñccido.

Cuando

estaba tendido a su lado, antes de entrar en faena, me espetñ con cierta brusquedad: ãœ¿Y de quiñn sos tñ, bichillo?ãœ•, yo le dije que era de Guñ-a, pero que mi tñ-o, Carlos Bautista (q.e.p.d.) era el alcalde de Gñldar, lo que, aparentemente, no le impresionñ en lo mñjs mñnimo.

Despuñs

del rñpido ãœebautizoãœ•, Margarita tomñ un caldero desconchado, vertiñ agua en una palangana y procediñ a lavarme cuidadosamente. Luego, de un montoncito apilado en una de las ãœmesitas de nocheãœ•, cogiñ un pañito de ãœtoballaãœ•, de aquellos que usaban las fñminas cu aun no habñ-an llegado las compresas y los tampaxs, y me secñ con el mismo esmero conque me habñ-a lavado.

Una vez

vestido, se asomó a la puerta de la cueva, descalza, en una combinación y con una pañoleta por los hombros, para asegurarse de que no habían moros en la costa, y, dándome una nalgadita, me dijo: "Vuelve cuando quieras, mi niño", mientras me franqueaba la salida a la fresca noche y al mundo de los pecadores.

Esa

primera visita a una casa de lenocinio y perdición: "como decían los predicadores que venían desde fuera a despertar las conciencias dormidas de los del pueblo- tuvo algunas consecuencias:

alguien le fue con el cuento a mi madre y esta le pidió a mi padre que me sentara y me hablara seriamente. Yo habíamido

cuchichear en la habitación de al lado, así- que cuando mi padre se inclinó sobre mi cama, ya sabía de que iba la cosa y, previendo lo peor, me hice el dormido. El viejo me sacudió suavemente y cuando desperté, me preguntó mirándome inquisitivamente a los

ojos: "¿Dónde estuviste el domingo por la noche?" "Fui al cine Guayres a ver una película de Cantinflas- le respondí- "¿Y como volviste de Gáldar a Guía, caminando?... " "Sí-, caminando- " "¿Por la carretera o por el barranco?" "... " "Por el barranco- le respondí- con un hilo de voz- " (SILENCIO) "¿Y pasaste por el Barranquillo?" "No me atreví- a contestar a esa

pregunta, me limité a asentir levemente con la cabeza- " (SILENCIO MÁS LARGO) "¿Y te ocupaste?" "... -me preguntó Antónito el del Molino, intensificando la

mirada escrutadora que tenía puesta sobre mis desorbitados ojos-. Yo, asustado, me limité a repetir el mudo asentimiento- "¿Y con quién te ocupaste, si puede saberse?" "... " "Con una que se

llama Margarita- le dije esperando el

guantazo en cualquier momento- " "¿Con la Yegua Blanca?"- indagó

incrédulo mi padre- y al yo asentir otra vez con la cabeza, exclamó: "Pero

coño, si esa tiene más años que Matusalén- si puede ser tu abuela, carajo- "

Bueno mira: tu madre está muy preocupada, porque no sé si sabes que puedes trancar un montón de enfermedades en esos sitios, así- que la próxima vez, si me entero que has

estado putiando, vamos a tener un problema- estáis muy jovenes como para que te me conviertas en un putaero- "

¿estamos?" "... (SILENCIO) "Ah, - me dijo mientras abrió la

puerta del cuarto, sin volverse- si te sientes picores o cualquier cosa -por ahí- debajo- me lo dices, ¿eh?... para llevarte corriendo a

casa de Don Ramón el médico y a casa Chanito pa que te inyecte

unos cuantos millones de unidades de peninsilina- y eso fue TODO.

Tengo la

impresión de que mi padre me lanzó esta suave amenaza porque mi vieja lo estaba

oyendo todo desde la otra habitación, porque ni su semblante ni su voz

mostraban celeridad- Creo que hasta, en el fondo, se alegró de mi iniciación, de mi desembarco en el mundo de los machitos- o en la jarca de los pequeños crámpulas, como diría cualquiera de aquellos santos varones de la Adoración Nocturna-.

Ha dicho